

dos configuradores de nuestra personalidad, personal y colectiva, hasta descubrir el fin último escatológico de nuestra existencia, la cual se juega en compromiso moral, el que, a su vez, se establece cuando el ser humano cristiano deviene un ser maduro en búsqueda de historizar la vida de fe desde una lectura de los signos de los tiempos.

La preocupación primera del Apocalipsis, es el ‘hombre’ como ser individual, tipo de todos los seres humanos, pero no lo hace sin tener clara consciencia de que es el pivote desde el cual se realiza la vida en comunidad, en y desde una realidad antropológica relacional. De allí que podríamos afirmar que el interés antropológico del Apocalipsis es darle una estructura al andamiaje comunitario de aquella Iglesia peregrina, donde mujeres y hombres creyentes estaban realizando una nueva historia entre parámetros sociales desafiantes y la novedad que el espíritu cristiano les imprimía. «El Apocalipsis no vuela sobre nuestras cabezas. Como muestra la historia de su exégesis y su eco en la vida de la Iglesia, es un libro hecho para el ser humano. Una atención a su antropología en un paso necesario para su comprensión» (p. 9).

P. Antonio Gerardo Fidalgo, CSsR

A LA MESA DE BETANIA FE, TUMBA Y AMISTAD

Marko Ivan Rupnik

Ed. Lipa, 2004 Roma; Ed. Monte Carmelo 2008, Burgos

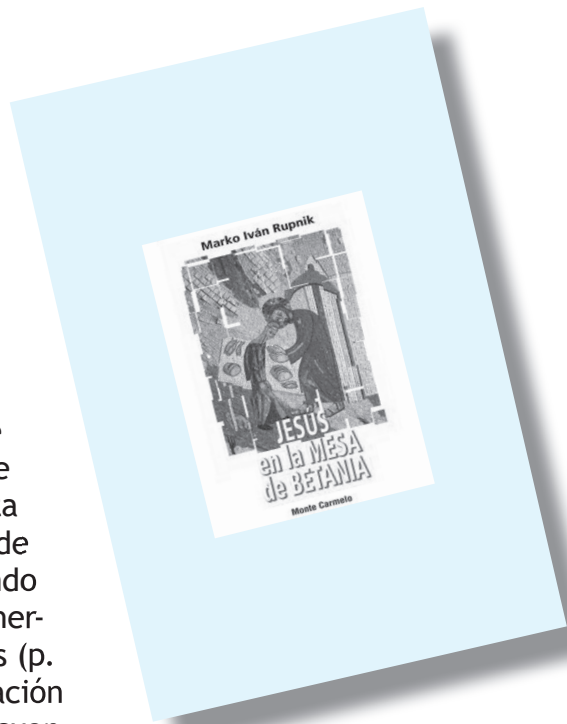
Betania significa casa de aflicción y en ella ocurrieron muchas cosas y, por cierto, bien diferentes. En ella hay una mesa símbolo de la amistad, hay un sepulcro, símbolo de la resurrección; hay unos protagonistas, Marta y María, símbolo de la contemplación, que no es ni más ni menos que la capacidad de ver aparecer al Señor en los acontecimientos de nuestra historia y de la humanidad entera.

M. Rupnik, en este pequeño libro junta muy bien *fe, tumba y amistad; resurrección, vocación y contemplación*. Jesús saca fuera de la tumba a Lázaro, para quien es dador de vida para sus hermanas. La vocación del cristiano desde entonces se convierte en un camino de

resurrección; la amistad es una relación personal de amor; el discipulado evangélico tiene como fundamento la amistad con Cristo (p. 56).

Todo este acontecer se transforma *en fiesta*. En la mesa de Betanía se celebra la vida, la amistad; en torno a ella se hace fiesta y se agradece y alaba al dador de vida. En Betania no se soporta la muerte. La contemplación de Marta nace y solo llega cuando llega la resurrección de su hermano y se anuncia la de Jesús (p. 65); la auténtica contemplación sólo brota frente a la vida y cuando la vida surge y se multiplica. Andando hacia Jesús se resucita. Lázaro resucitado se convierte en una figura luminosa (p. 89). Es maravilloso descubrir cómo Jesús ha hecho del paso de la muerte a la vida el lugar de su suprema revelación.

M. Rupnit le dedica unos estupendos párrafos a la amistad que la considera como una relación personal de amor. Para él la amistad se hace y se consigue como se consigue una obra de arte. Esa obra se realiza durante largas noches de oración, de silencio y de espera. Marta y María sufren mucho ya que a pesar del gran amor que le tienen a su hermano Lázaro, no logran mantenerlo en vida. Marco insiste en que la amistad



lleva a gustar la felicidad y la fidelidad. Cuando se pasa de la muerte a la vida se gozará mucho; se hará gran fiesta, se celebrará.

El sencillo objeto doméstico de *la mesa, lugar de encuentro y de familiaridad, de intimidad y amistad* aparece a cada paso en las páginas de este libro y evoca y provoca vida. Marta y María han preparado una mesa para festejar la vida recuperada de su hermano. Las dos hermanas quedan tramadas y entrelazadas por el mismo acto de amor, de ternura, de servicio y de contemplación. Jesús, más que sentado en torno a esta mesa está sobre la mesa; en buena parte, es la mesa. Para llegar a estas reflexiones Marko parte de tres textos del evangelio: Juan 11, 1-53, Juan 12, 1-11; Lc 38-44.

No hay duda de que este libro lleva a poner la resurrección y a Cristo resucitado en el centro de nuestra fe; de ello está necesitada nuestra teología, nuestra pastoral y nuestra espiritualidad. Si no se llega a ese nivel se despreciará el Espíritu, la contemplación, la amistad y el amor y no habrá fiesta.

En su reflexión, Marko deja transparentar una preciosa integración personal entre lo humano y lo divino; integración que no suele resultar fácil sobre todo si se parte de un dogmatismo espiritual o de un moralismo rígido (p. 28). En estos acontecimientos evangélicos y en la lectura que de ellos hace Marko se aprende que el evangelio está hecho a la medida de lo más auténticamente humano, sobre todo porque nos abre grandes horizontes y nos deja con un dinamismo de gracia para llegar a la meta. El autor pone de relieve muy bien la dinámica hecha de dolor y de alegría, de enfermedad y de sanación, de luto y de fiesta ya que nos presenta un transcendental acontecimiento de paso de la muerte a la vida.

José María Arnaiz, SM